

“HAY QUE LLENAR EL VACIO QUE DEJO EL DESCREDITO DE LAS IDEOLOGIAS”

Gonzalo Fernández de la Mora:

Por CHRISTIANE RACZYNSKI

Desilusionado de las revoluciones, esquemas utópicos y soluciones radicales, el mundo busca nuevas orientaciones políticas. Que en este contexto existe un resurgimiento de una corriente amplia, bastante variada, que se autocalifica de “neo-conservadora” lo demostró el Seminario Internacional, “La Nueva Democracia y el Neo-Conservantismo”, organizado por el Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile a comienzos de este mes. Invitado principal a este evento fue Gonzalo Fernández de la Mora pensador y filósofo político español, Ministro de Obras Públicas y embajador durante el régimen de Franco, escritor y crítico literario. Ha visitado en varias ocasiones Chile, país en el cual no se siente extranjero y a cuyos habitantes recomienda observar el caso español para no incurrir en los mismos errores. Autor de diversas publicaciones, el último de sus libros saldrá a la venta en España en estos días, y es un análisis del desarrollo político reciente en su país. Acostumbrado a ser entrevistado, respondió las preguntas con la seguridad y sencillez del que tiene sus ideas claras, confía en sus argumentos y conocimientos, sin duda muy amplios.

—La razón de su estada en Chile es participar en el Seminario “Nueva Democracia-Neo-Conservantismo”. Debido al mal uso del lenguaje, sobre todo en publicidad y otros campos, existe una cierta desconfianza hacia lo que se autodenomina nuevo, porque, finalmente, resulta ser lo antiguo, vestido con un ropaje diferente. ¿Existen efectivamente y cuáles son esas diferencias esenciales que justifican la distinción entre conservantismo y neo-conservantismo?

—Yo no creo que el neo-conservantismo sea lo mismo de siempre, con un ropaje distinto. Es una actualización y renovación del pensamiento conservador, adaptado no sólo a las cir-

cunstancias sociológicas presentes sino, incluso, a la evolución del pensamiento político y, en general, a la teoría del Estado. ¿Cuáles serían esas diferencias que hay entre el conservantismo clásico y el neo-conservantismo? En primer lugar el conservantismo clásico ha estado bastante vinculado a una concepción del mundo tradicional, nacionalista y confesional. El Neo-Conservantismo es mucho más racionalizado y, por lo tanto, no tiene una vinculación ni exclusivamente nacional, ni religiosa, ni tradicional, en el sentido de retorno al pasado. Prueba de ello es que la escuela neo-conservadora tiene mayor vigencia hoy en los Estados Unidos, donde ha sido la promotora intelectual del triunfo del Presidente Reagan. Es un movimiento que se remonta a unos 20 años atrás, que tiene una multitud de escuelas entre las cuales una es la más propiamente calificada como neo-conservadora y está integrada por antiguos marxistas y muchos profesores de origen judío. Por lo tanto, no tiene una confesionalidad católica. Es decir, el neo-conservantismo es un replanteamiento de un viejo método, pero de una manera mucho más racionalizada, más neutral y, yo creo, más moderna. Por referirme sólo a los EEUU., que es donde se ha forjado la expresión neo-conservantismo, hay un sector claramente nacionalista y tradicional, representado por un pensador y autor ilustre, Russel Kirk, que inspira una revista que se llama "*Modern Age*". En el otro extremo existen personas que, como Irving Kristol, proceden del marxismo y que editan una revista que se llama "*Public Interest*". De manera que hay un pluriverso de posiciones neo-conservadoras. Todas ellas coinciden en su oposición al marxismo y al marxismo edulcorado o aguado, que es la social democracia.

—Y usted, ¿dónde se inscribe en este arco del neo-conservantismo?

—Aunque tengo una concepción del mundo tradicional y, en cierto modo confesional, creo que hay que plantear el conservantismo en términos completamente racionales. En mi revista "*Razón Española*", todos los editores representan este punto de vista. Se trata de encontrar un método para enfocar la cosa pública, que puede ser adoptado por gente de procedencia diversa, aunque nunca marxistas ni estatistas.

—Algo semejante ha ocurrido con el término democracia, forma en la cual se han incluido ingredientes muy diversos. Concretamente, usted mismo distingue entre la orgánica e inorgánica y ha afirmado que identificar a ambas sólo es posible gracias a “una ignorancia supina”. Al participar en un congreso que habla de “nueva democracia”, ¿está pensando concretamente en un sistema de gobierno? ¿Con qué características esenciales?

—El concepto de democracia tiene multitud de interpretaciones. Hace algunos años se celebró en un país nórdico de Europa un congreso mundial de politología, cuyo objetivo era definir los conceptos democracia e ideología. Las actas contienen centenares de páginas dedicadas a ambos términos. Aunque no pretendo zanjar una polémica de esa envergadura, en mi opinión la democracia es un método de gobierno en el cual se pide al electorado que decida entre dos o tres oligarquías o grupos de gobierno. Dentro de este marco esencial hay una infinidad de variantes, y por eso creo que cuando la gente dice “yo soy demócrata” no dice nada. Hay democracias presidencialistas, parlamentarias, orgánicas, inorgánicas, bipartidistas, multipartidistas. Hay democracias populares, las orientales, y democracias partidocráticas, que son las occidentales. Las hay con sufragio universal mayoritario o proporcional. Es un mundo infinito y de métodos extraordinariamente variados. De modo que hay que concretar el concepto. Personalmente, creo que es más real la representación que se hace a través de los cuerpos intermedios —cámaras profesionales, sindicatos— que la que se logra a través de una elección de sufragio universal, a un candidato distante y en la cual, necesariamente, sólo es posible pronunciarse sobre cosas muy elementales.

La nueva democracia de la que se habla es aquella inspirada en los planteamientos neo-conservadores que, básicamente, son una respuesta contra o frente al estado social-demócrata, que sería la fórmula actual.

El conservantismo tiene tres etapas. La primera surge frente a la Revolución Francesa, es el conservantismo de principios del siglo XIX; la segunda nace como respuesta al marxismo y al

manifiesto de 1848. La tercera etapa, la actual —la que llamamos neo-conservadora—, surge frente al estado nodriza o de bienestar, frente a la fórmula socialdemócrata que propone un estado que resuelve la vejez, la enfermedad, las pensiones, la educación y se convierte en señor de todo.

—AT de Nicolás, en un artículo titulado “Bases filosóficas del neo-conservantismo”, publicado en la prestigiosa revista “*Razón Española*”, cuyo Consejo de Redacción usted preside, afirma, refiriéndose al profesor americano Kendall, al pensador izquierdista Tage Lindbom y a usted, que “estos tres autores contribuyeron de diferentes maneras a preparar el entendimiento de los fundamentos del neo-conservantismo, aunque sus esfuerzos deban interpretarse más como una estrategia para debilitar al enemigo y hacerle entrar en agonía que como cimiento del neo-conservantismo”. Considero que esta afirmación contiene por un lado un reconocimiento y por otro una acusación o, por lo menos, un juicio personal discutible, nos gustaría que nos diera su explicación al respecto.

—De Nicolás, un catedrático de filosofía de la State University de Nueva York, se remonta en ese ensayo a los orígenes. Usted destaca una frase de ese artículo, que me parece muy importante, porque plantea la interrogante de si el neo-conservantismo es un instrumento demoledor de la postura contraria. Yo creo que ciertamente lo es. El neo-conservantismo es una réplica demoledora del “*welfare state*”, la fórmula socialdemócrata, que por cierto está en crisis. Recientemente apareció un libro, cuyo autor es un profesor británico, que resume el problema; se titula “*The Crisis of the Welfare State*”. Creo que ciertamente el neo-conservantismo es un arma que debilita esa noción socialdemócrata, o sea socialista, marxista aguada o democratizada.

—El mismo autor, De Nicolás, al tratar de describir aquello que divide desde los orígenes de Occidente a liberales y conservadores, afirma que los primeros, siguiendo a Aristóteles y su método de división, llegaron a una visión de la realidad clasificada según principios intelectuales, ahistóricos y abstractos. Respecto de los neo-conservadores, afirma que, siguiendo a

Platón, se interesan por el acto invisible que crean las formas invisibles y modelos. ¿Coincide usted con esta división aristotélico-platónica?

—Sí, creo que el profesor De Nicolás, cuando relaciona el conservantismo con los modelos filosóficos fundamentales tiene razón, en el sentido de que el método conservador es muy realista y pragmático. El método revolucionario, de la Revolución Francesa que dio origen al liberalismo inicial del siglo XIX y el método marxista que dio lugar al comunismo y al socialismo son especulativos y utópicos. Parten de una construcción mental y de ella deducen una serie de consecuencias. En cambio, el método conservador es estable y realista; parte de los hechos, ve si las cosas funcionan y, si no, rectifica. El método russoniano o marxista dice: "Hágase el principio aunque las cosas funcionen mal". Hay una vieja frase latina que dice: "Hágase la justicia aunque perezca el mundo". El conservador diría primero sálvese el mundo, luego háganse los principios. Este planteamiento difiere de las fórmulas que en este momento dominan el panorama político mundial.

—En el libro "*¿Crepusculos de las ideologías?*" usted sostiene que, a escala mundial, con diferente intensidad, se observa un declinar de las ideologías. Frente a esta situación ¿qué aporta el neo-conservantismo? ¿Es el neo-conservantismo una ideología? ¿O es ante todo una posición de la persona frente a los valores, esto es, una axiología?

—En mi libro sobre el curso de las ideologías, cuya séptima edición acaba de aparecer en Austral, una colección que sólo publica clásicos, yo formulé —hace 20 años y no lo he modificado— que cuanto mayor es el desarrollo económico social de un país o de una colectividad, menos útiles son las ideologías políticas para resolver los problemas y más necesarios los conocimientos científicos y las técnicas. Algunos de mis críticos o lectores superficiales creen que ideología es sinónimo de pensamiento, de idea. No. Una ideología es una receta simplificada. Por ejemplo, la receta liberal, todo se resuelve votando; la comunista, todo se resuelve nacionalizando; la socialista, todo se resuelve con la lucha de clases. Son ideologías. Una idea es

una cosa muy distinta, es un todo concreto, científico y riguroso. Yo sostengo que cada día el gobierno de los pueblos subdesarrollados está más vinculado a las ideas técnicas, a los haberes sociológicos, técnico-científicos que a las recetas. Ahí donde el subdesarrollo es grande, las ideologías tienen más poder. Y, cuando una sociedad se ideologiza, retrocede; cuando se tecnifica, económicamente avanza. Irán, por ejemplo, de una sociedad relativamente tecnificada, la del Sha, pasó a una época ideológica y ya vemos cuál es el resultado. Chile tuvo un período de gran ideologización, durante el mandato de Allende. Esta es la tesis de mi libro “¿El Crepúsculo de las ideologías?”, y al cabo de 20 años —y esto me preocupa porque uno suele ser autocrítico y cambiar de pensamiento— estoy aún más convencido de esa tesis, que cuando escribí el libro.

—Y respecto a la segunda parte de esta pregunta: ¿es el neo-conservantismo una posición de la persona frente a los valores?

—Yo sostengo la tesis que el conservantismo, más que un ideario, es un método que se opone al revolucionario y postula que todas las reformas sociales hay que hacerlas conservando lo válido existente. La fórmula revolucionaria consiste en demoler para construir un ideal. De la conservadora se deducen una serie de consecuencias: no quitar nada hasta no tener un sustituto; no implantar nada nuevo hasta tener lo comprobado; no improvisar. Este método coincide con el de las disciplinas científicas que progresan de manera conservadora, incorporando los conocimientos anteriores. Yo creo que en las reformas sociales debe aplicarse ese principio de conservación. De manera que, en cierto modo, el ser conservador más que aceptar un decálogo o una serie de principios en los que uno cree como dogma es una actitud ante la vida, un método, una manera de comportarse.

—En el lugar prólogo de la reedición de “¿El Crepúsculo de las Ideologías?”, usted sostiene que existe una relación proporcional entre subdesarrollo e ideologización, por el atractivo que ejerce la promesa de un mundo mejor, aunque sea utópico, sobre el que sufre carencias. ¿No existe en esta relación una suerte de círculo cerrado, en el sentido de que la ideologización también incapacita para salir del subdesarrollo?

—Me parece que una alta ideologización, si no incapacita para salir del subdesarrollo por lo menos lo dificulta enormemente. Porque del subdesarrollo se sale invirtiendo y ello requiere ahorro y una adscripción razonable de recursos, porque éstos son limitados. Decir que todo es un problema de urnas o de nacionalizaciones es regresar a las primitivas recetas ideológicas. En un país, cuando una cuestión se ideologiza, casi siempre se resuelve mal.

—La preocupación por las ideologías también es un tema central en los escritos de Jean-François Revel. Este ha dicho que ellas, en su mezcla de ilusión y mentira, son imposibles de definir y ha señalado que es en la literatura, más que en la sociología, donde se “puede mostrar en su espantosa plenitud el misterio de la cristalización ideológica”. Usted, que no sólo ha escrito y teorizado sobre este tema sino también ha sido un concepto crítico literario, ¿qué piensa de esta afirmación y qué obras literarias señalaría como un aporte en tal sentido?

—Es enorme la influencia de la literatura en la difusión de las ideologías, sobre todo en los siglos XIX y XX, durante los cuales gran número de literatos —quizás más los dramaturgos que los novelistas— han sido ideologizados. Ellos convierten la obra teatral o la novela en un pequeño “meeting”, presentado en forma de parábola o fábula. El método es muy eficaz, porque hay millones de seres humanos que son incapaces de leer un libro de filosofía, un ensayo, un artículo de pensamiento o una entrevista rigurosamente conceptual. Pero esos millones si se sientan en las butacas y ven una obra de teatro o en las horas libres, bajo la mesilla de noche o junto a la pantalla de su cuarto de estar, leen una novela. Hace muy pocos días se proyectaba en Madrid, y supongo que también se hará en Santiago, una película que tuvo gran impacto sobre los espectadores. Se llama “Mission” y es una cinta italiana sobre las misiones de los jesuitas en Paraguay, sobre las reducciones del siglo XVIII. Esta película, por cierto de gran belleza literaria y plástica y con una música excepcional es un “meeting” en favor de la teología de la liberación y contra la colonización portuguesa y, algo menos, contra la española. Efectivamente a través de la literatura se puede ideologizar, y esto se hace muchísimo. En la URSS, al

pobre Schostakovich lo obligaron a hacer sinfonías sobre la liberación de Leningrado. En la Unión Soviética todo el arte está ideologizado y quizás por eso sea tan mediocre. Los que producen son los artistas que vienen al exilio. Soy contrario a la literatura ideologizada. Creo que el arte debe ser por el arte, como San Juan de la Cruz o Jorge Manrique, figuras estelares en la literatura. Tengo gran escepticismo frente a los poetas y literatos que viven pendientes del Premio Lenin o Stalin o cosas parecidas. Para hablar de un caso muy cercano, creo que Neruda era realmente importante cuando hacía poesía pura o insoportable y deplorable cuando hacía poesía mitinesca.

—El mismo Revel afirmó que la ideología tiene la característica de activar a las masas. Complementando esta idea, usted sostiene en su libro que el declinar de las ideologías ha producido —sobre todo en la juventud— un “pasotismo”, que consistiría en pasar de todo, en una especie de apatía, de vacío o de falta de opinión. Esta brecha o vacío indudablemente tiene que llenarse con algo, ¿considera usted que en este campo se juega, en cierta forma, el futuro de la cultura Occidental?

—La ideología es una manera de activar a las masas, es la forma ideal de activarlas. Hay un libro de un gran psicólogo de finales del siglo XIX, Gustav Le Bon, que se llama “*La psicología de las masas*”, en el que demuestra que ellas se comportan casi siempre irracionalmente. Todos hemos sido testigos de situaciones así. Las ideologías, porque son muy simplistas y elementales y tocan más al corazón que a la cabeza, son medios de movilizar a las masas. Creo que tenemos que hacer todo lo posible para que ellas se comporten racionalmente y me parece que cuanto mayor es el desarrollo económico-social de los países, menos sensibles son a la movilización ideológica y más racionales. España, por ejemplo, gracias a la enorme revolución económico-social que realizó Franco durante sus 40 años de mandato, se transformó de un país agrícola y casi africano, en la novena potencia industrial del mundo. Por eso un partido tan ideologizado como el socialista, cuando se presentó a las primeras elecciones, en las que obtuvo el triunfo, se presentó no con fórmulas ideológicas sino con un slogan que fue el que le

dio la mayoría. Dijo: Vamos a crear 800.000 puestos de trabajo. Claro, esta es una idea tecnocrática; hay que agregar sí, que luego creó un millón más de cesantes.

De manera que, aun cuando creo que las ideologías sí son el instrumento habitual de movilización de masas, considero que cada vez lo son menos, en la medida en que las masas tienen más sentido crítico, capacidad de análisis y de racionalización. Creo que hoy el nivel de muchos países subdesarrollados es suficiente como para que las ideologías vayan siendo ineficaces.

En cuanto al vacío que deja el descrédito de las ideologías, creo que hay que llenarlo con ideas concretas, con nociones técnicas sobre problemas concretos. En cuanto al "pasotismo", este fenómeno ha venido porque la gente joven ha dejado de creer en las ideologías, ha visto que no servían, que eran promesas incumplidas. En España, después de la muerte de Franco, se les dijo a los jóvenes: Ustedes han vivido todo el tiempo bajo un régimen autoritario, tienen que ser como el resto de los países europeos occidentales. Todo se resuelve votando y teniendo partidos políticos. Al cabo de 10 años de partidos políticos y sufragios, los jóvenes han visto que estamos más pobres, que hay menos orden y las cosas van peor. El "pasotismo" se ha producido por el fracaso de las ideologías. Creo que se resuelve dándoles una misión nacional, un sentido a sus vidas individuales. Creo que el "pasotismo" se combate con desarrollo económico y con ideas. Son las ideologías las culpables del desencanto, la frustración y sensación de fracaso y, por lo tanto, del desentenderse de todo, que es en lo que consiste el "pasotismo".

—¿Y esto sería válido para Occidente también?

—Creo que sí, porque las sociedades occidentales, es decir, Europa occidental y América, tienen supuestos estructurales similares.

—Es por todos conocida su permanente preocupación por la Hispanidad. Incluso usted ha afirmado que —al menos para

nuestros países— el hispanismo es un fenómeno de salud y que la deshispanización es un “envenenamiento”. En vísperas del V Centenario del Descubrimiento de América, ¿no sería el momento de mejorar la “salud” y desdecir muchas visiones falsas de la historia? ¿Cree que se está haciendo algo en este sentido? Siempre en el mismo orden de inquietudes, ¿hasta qué punto, a su juicio, ciertas interpretaciones indigenistas, más que una equilibrada reivindicación de lo autóctono, han servido como caballo de Troya para objetivos ideológicos ajenos a una auténtica preocupación cultural?

—A mi me parece que una de las realidades culturales y sociológicas con posibilidades de convertirse en una realidad política impresionante del mundo actual es la Hispanidad. El que 1.300 millones de personas compartan una concepción similar del mundo es excepcional. Si viniera de una estrella lejana un observador y contemplara el globo terráqueo se admiraría que entre Río Grande y Tierra del Fuego exista una comunidad cultural, desgraciadamente malograda por el pluriverso estatal que se creó al fracasar el ideal de Simón Bolívar, pero que, a pesar de todo, tiene una poesía y una solidaridad y, además, una cabeza de puente en Europa, España. A este hecho no se le ha sacado la utilidad suficiente. Hay esfuerzos de solidaridad del continente americano a través de la ALALC, el Pacto de Seguridad Interamericano, pero en los momentos culminantes han fracasado. Creo que las posibilidades de cohesión al mundo hispánico son magníficas, pero también existen problemas. El primero es que nuestros vecinos no hispánicos no son favorables a esa unidad política, social y económica. Reconozcámoslo, porque la vida internacional es así, nadie quiere tener un concurrente poderoso. No nos ayudarán desde fuera; ni Francia ni Inglaterra tienen interés en que España forme una “Commonwealth” que le otorgue una dimensión extraeuropea. Posiblemente la gran república norteamericana vería también con mayor simpatía un diálogo individualizado con nuestras naciones que uno colectivo, con un conjunto demográfico, político y económico.

El segundo problema es el indigenismo. Hay países como Uruguay, que no tienen problemas étnicos, porque toda la población es de origen europeo. En cambio los países que tienen un problema indigenista, concretamente Bolivia, Perú y

Ecuador —en México se ha producido un mestizaje más amplio—, el indigenismo se utiliza como arma contra la hispanidad. Es una operación interior o exterior, prefiero no pronunciarme sobre ello, que atenta contra la unidad de los pueblos hispánicos. El tema del indigenismo en los países que tienen una gran mayoría de población autóctona, no íntegramente asimilada, es un problema serio. Hay que afrontarlo subrayando lo que nos une más que lo que nos separa.

—Su venida a Chile, prácticamente coincide con un seminario sobre la transición española, en el cual participará como figura principal el ex jefe de Estado español Adolfo Suárez. Usted, como hombre público, ex ministro de Estado y escritor ampliamente conocido en el medio hispánico, ¿qué juicio hace sobre la transición española, encabezada por Adolfo Suárez?

—Mi opinión sobre la transición española la he desarrollado en un libro de 260 páginas llamado "*Los errores del cambio político español*", que supongo estará en las librerías antes de Nochebuena. Resumir en unas palabras este libro, que es un análisis de la última década española, es difícil. Me limitaré a lo siguiente: creo que la transición española se podría haber hecho peor, porque el campo de lo malo es ilimitado, pero creo que se ha hecho realmente mal. Los errores han sido inmensos: la constitución, la destrucción del Estado unitario, la politización de la universidad, de la justicia y muchos otros. Me parece que el cambio se ha hecho muy mal. La derecha ha sido destruida sistemáticamente por su supuesta implicación en la era de Franco y al cabo de 10 años no se ha podido recuperar. La operación cambio fue la demolición del Estado y de la estructura socioeconómica construida durante 40 años. Cualquiera puede liquidar, hasta un analfabeto; en cambio construir un Estado de orden y mayor desarrollo es más difícil. Sería muy útil que los chilenos estudiaran los cambios en España. Podrían aprender de los aciertos y evitar errores.